

MENSAJE ABRIL 2023 N° 257

Palabra de Dios

“Si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes no tiene sentido y siguen aún sumidos en sus pecados. Y por supuesto también habrían perecido los que han muerto unidos a Cristo. Si nuestra esperanza en Cristo no va más allá de esta vida, somos los más miserables de todos los hombres. Pero no, Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primer fruto de quienes duermen el sueño de la muerte.”
1Cor 15, 17-20



Reflexión

Pablo un hombre compenetrado con Cristo al extremo de llegar a decir: *“Ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”*, es muy claro para expresar su sentir respecto a la presencia de Cristo en medio de los suyos. El siente, conforme a su experiencia, que esa verdad del resucitado es algo que pueden experimentar sus seguidores, en la medida que hagan vida su enseñanza; como él que siendo su perseguidor se hizo su apóstol entre paganos y gentiles que no le conocían. Un gran ejemplo para quienes miran la vida de Jesús, experimentan su atracción, pero no se atreven a dar el paso de seguirle porque no se consideran capaces de asumir cuanto nos propone.

La vida del cristiano efectivamente no es fácil y mientras más nos acerquemos al Dios de la vida, con más furia y artimañas nos atacará el mal, pues no se conforma con que no pueda doblegar nuestra voluntad, esforzándose y usando más y más llamativas tentaciones para convencernos de aceptar sus falsas promesas de libertad. Esto es tan cierto que sus ataques se hacen presentes incluso cuando actuamos rectamente o estamos orando. Se atreve a atacarnos haciéndonos sentir justificados ante Dios por lo magnánimos o piadosos que somos, olvidados de que somos pecadores y que la única justificación que podemos tener frente a Él es por los méritos de su Hijo amado que por amor acoge nuestra flaqueza y hace grata nuestra oblación y alabanza al Padre.



San Pedro. Rubens, Pablo San Pedro. 1610 - 1612

Pablo es un ejemplo de entrega incondicional a Cristo con quien no se encontró físicamente e incluso persiguió a quienes creían en su doctrina, pero que a partir del encuentro prodigioso con la luz del Resucitado que inundó su ser, se unió tan estrechamente a Él que renunció a todos los bienes del mundo, para estar con Él en su eternidad, mostrando el camino a muchos, conforme a la misión recibida.

Aprendamos de nuestra Santísima Madre que siendo inmaculada no se siente privilegiada frente a su Dios y Señor, cultivando en su interioridad sentimientos de servidora inútil, al extremo de expresar en sus palabras que es una simple esclava de la que su Dios puede disponer conforme sea su santa voluntad. Esa debiera ser nuestra actitud frente a la vida y especialmente en nuestros momentos de oración.

UN TESTIMONIO CREIBLE

Para quienes creemos en Cristo y seguimos su enseñanza adhiriéndonos por fe a su Persona, es un desafío el dar testimonio con nuestra vida, de que creemos realmente en Él. Y esto no es una ilusión o un consuelo frente a un mundo que niega a Dios o simplemente es indiferente a su existencia y más aún, a su actuar en medio de cuanto existe.

Si somos conscientes de esta verdad ello debiera traducirse en actitudes específicas frente a la vida y a nuestro actuar dentro de la sociedad. Pero, ¿qué es lo que ocurre comúnmente? Lo más seguro es que no se note mayormente, pues no siempre trasladamos a nuestra acción lo que creemos con el corazón.

Muchas son las excusas que esgrimimos si se nos hace notar esto, pues estamos acostumbrados a enmascarar nuestros sentimientos que dejamos para nuestros momentos más privados lo referente a nuestra fe y relación con Dios, haciendo una separación evidente entre fe y vida. La coherencia entre lo que creemos y lo que hacemos, exige que nuestros actos se impregnen de aquello con lo que vibra nuestra interioridad.

Esto lo podemos apreciar en la vida de familia, donde damos por sentado que hemos contraído matrimonio por amor, por lo tanto, con frecuencia obviamos repetirlo en nuestras relaciones corrientes entre marido y mujer y entre padres e hijos, pues consideramos que eso es sabido por el otro y no hay necesidad de expresarlo con palabras, pues los hechos hablan por sí mismos; todo lo hacemos por amor.

Lo mismo ocurre en nuestra vida de fe; creemos en Cristo Jesús nuestro Dios y Señor y estamos ciertos de que Él lo sabe, por lo tanto, sentimos que no debemos repetirlo y no lo mencionamos con palabras, sólo lo hacemos en el fuero interno. Menos aún vamos a hablar de Él con quienes no creen o son indiferentes a la fe. Ahora, decir a los demás que estamos ciertos que está vivo y presente en medio nuestro y mostrar a los otros que lo que hacemos, lo motiva esta presencia suya en nuestra vida, nos parece que no corresponde, pues los otros no lo entenderían.



De esta manera se nos hace muy difícil dar un testimonio real de que creemos en la resurrección de Cristo y mostrarnos frente al mundo como testigos de esta verdad. Así la celebración de los misterios centrales de nuestra fe, quedan en el ámbito de lo privado y hacia el exterior no mostramos la verdad de un Cristo Vivo que camina en medio nuestro renovando en cada instante su sacrificio generoso, grato al Padre, por

nuestra salvación. Pues, alrededor del mundo se celebra este sacrificio y en cada hostia alzada hacia el cielo, es el mismo Hijo que una vez más se ofrece en expiación por nuestros pecados y los de todos. ¿Cómo entonces no hacemos eco de esta entrega de su amor y hacerlo presente a los demás, por quienes se entrega, frente a su indiferencia?

La falta de coherencia entre fe y vida atenta contra nuestra propia convicción en la resurrección y lo que ello representa en nuestra vida, la garantía de la vida eterna. Y ello queda demostrado en la poca importancia que damos a la preparación en esta vida para la futura. Podemos expresarlo de otra forma al decir ¿cuánta importancia damos a la salud de nuestra alma? “Es Dios

quien nos santifica, quien nos transforma con su amor, pero al mismo tiempo también somos nosotros quienes, a través de nuestro testimonio, manifestamos la santidad de Dios en el mundo, haciendo presente su nombre. Dios es santo, pero si nosotros, si nuestra vida no es santa, hay una gran incoherencia. La santidad de Dios debe reflejarse en nuestras acciones, en nuestra vida. «Yo soy cristiano, Dios es santo, pero yo hago tantas cosas malas»; no, esto no vale. Esto también hace daño, esto escandaliza y no ayuda.” (Papa Francisco, Audiencia General 27 de febrero de 2019).

Efectivamente, podemos hacer un reconocimiento de esta actitud en lo que ocurre con el sacramento de la Penitencia o Confesión, cada vez es menos frecuente entre los fieles, generándose con ello una falta de costumbre o dejación, al extremo que es común ver confesionarios vacíos transformándose prácticamente en adornos dentro del templo.



Este hecho además tiene como consecuencia un alejamiento de la Eucaristía. Si bien es cierto son muchos los que se acercan a este sacramento en las celebraciones, no todos saben cómo hacerlo o no están preparados. El Papa Francisco nos recuerda que “El sacramento de la Reconciliación es un sacramento de curación. Cuando yo voy a confesarme es para sanarme, curar mi alma, sanar el corazón.” Audiencia General 19 de febrero de 2014). Debemos tener presente que “Dios perdona siempre. No se cansa de perdonar. Somos nosotros quienes nos cansamos de pedir perdón. Pero Él no se cansa de perdonar... sólo hay que arrepentirse y pedir perdón... Dios no sólo «perdona siempre», sino también que perdona «todo: no existe pecado que Él no perdone» ... porque Dios, «si tú vas arrepentido, perdona todo»” (Audiencia general, 23 de enero 2015). Si tuviéramos un real conocimiento de esta verdad, es posible que recurriésemos con más frecuencia a este sacramento.

Entonces ¿Cómo dar un testimonio creíble frente al mundo de que Cristo está Vivo en medio nuestro y por ello nuestro actuar es consecuente con su legado, pues hacemos vida su Palabra?

Entonces ¿Cómo dar un testimonio creíble frente al mundo de que Cristo está Vivo en medio nuestro y por ello nuestro actuar es consecuente con su legado, pues hacemos vida su Palabra?

En la medida que nos adentremos en su Palabra, hagamos nuestra su enseñanza y actuemos tal cual nos lo mandó, en la persona de sus apóstoles: “Ámense los unos a los otros. Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros.” Jn 13, 34; así estaremos dando un testimonio real, haciéndolo presente en medio del ámbito que nos corresponda actuar.

Esto tiene un punto de partida que es escucharle y hacer caso de su invitación a la conversión para acoger el reino de Dios. El camino no será fácil, pues el mal no descansa y pondrá un obstáculo tras otro para que esto nos sea más difícil, pero no debemos claudicar, pues la gracia de Dios se hará presente en nuestra vida dándonos la energía que necesitamos, pues su amor todo lo puede y para Él todo es posible.

Reflexión compartida.

¿Somos de aquellos que hacen la diferencia entre fe y vida? ¿Qué me dice mi corazón?

¿Reflejamos en nuestro actuar aquello en que creemos o ello es privado?

¿Nuestro seguimiento de Cristo es adhesión a una persona, una idea o una doctrina?

¿De qué manera testimoniamos que creemos en la resurrección?

ORACIÓN A LA MADRE



Señor, me llamaste a ser tu discípulo
el día de mi bautismo
y a comunicar a otros la buena nueva
de la salvación.
Haz Señor que te conozca mejor,
para hablar de ti a otros
dando testimonio con mi vida
de tu presencia viva en este mundo.
Te doy gracias por todos aquellos
que has puesto en mi camino
y me han abierto la senda para acercarme a ti;
que tu amor de Padre retribuya
sus esfuerzos evangelizadores.
Danos la presencia de tu Santo Espíritu
que nos fortalezca en la fe
y así seamos testigos creíbles
que demos testimonio de tu resurrección.
Amén

